

## LA LLAMEANTE CEJIJUNTA- Extracto de 'Amarás América',

por Manuel Madrid

A pesar del cacareado machismo, México era un país de mujeres de armas tomar. Además de la Virgen de Guadalupe, de 'La Malinche' y de la 'Corregidora', Josefa Ortiz de Domínguez, una de las conspiradoras de la Independencia, los mexicanos adoraban a una monja mística, cantautora de amores importunos ("si daros gusto me ordena/ la obligación, es injusto/ que por daros a vos gusto/ haya yo de sentir pena"), Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), la décima musa, autora de un sinnúmero de villancicos, romances, sonetos, loas y entremeses descaradamente picantes, y a una morena comunista cejijunta y malhablada, la extravagante **Magdalena Carmen Frida Kahlo Calderón**.

Hija de Guillermo Kahlo, un fotógrafo judío de origen húngaro, y de Matilde Calderón, una "muy buena ganadora de centavos" oaxaqueña, la obra pictórica de Frida ha gozado de reconocimiento universal, con cotizaciones impensables en las primeras casas de subastas de Londres, Nueva York y París, pero su vida transcurrió más bien en un segundo plano, a la sombra de su marido, el temido muralista mexicano Diego Rivera.

Entre las calles Londres y Allende, la Casa Azul del barrio de Coyoacán ('lugar de coyotes'), donde Frida nació, vivió con Rivera entre 1929 y 1954 y murió a los 47 años, atesora los recuerdos más íntimos de la artista, que conquistó a aquel "viejo panzón" que solía llevar sombreros Stetson, zapatos de minero y cinturones anchotes haciéndolo bajar de un andamio para mostrarle unos cuadros y preguntarle si podía vivir de la pintura. Ella lo encontraba "bondadoso, cariñoso, sabio y encantador", a diferencia de sus amigas de la Escuela Nacional Preparatoria, que lo describían como un ser "barrigón, mugriento, de aspecto horrible". Eso a Frida no le importaba: "Lo lavaría y limpiaría".

Frida tuvo una vida desgarradora: contrajo una poliomielitis en la infancia que la dejó coja – de ahí su afán por las faldas tehuanas para disimular su minusvalía-, conoció la postración total, logró sobrevivir a un accidente de tranvía que le produjo dolores hasta su muerte –"el pasamanos me atravesó como la espalda a un toro, perdí la virginidad"- y la obligó a visitar hasta 35 veces los quirófanos; sufrió cinco abortos por malformaciones uterinas y tuvo que acostumbrarse al corsé, que llevó durante 30 años, y al Demerol para soportar la gangrena y la amputación de una pierna cerca del fin de sus días. En cambio, su pintura fue un despilfarro de vitalidad. Nació de su experiencia directa con el dolor, un mal que marchitaba ilusiones, pero acentuó su sensibilidad con los pinceles. Entre los 150 cuadros de su producción dejó medio centenar de autorretratos –"me retrato a mí misma porque paso mucho tiempo sola y soy el motivo que mejor conozco"- que sofocaban a Picasso – "nadie sabe pintar retratos como Frida"-, que la agasajó en su viaje a París con dos aretes surrealistas con forma de mano que 'Madame Rivera' guardaría como oro en paño.

La pintora de la corona de trenzas quemada amó y vivió con desenfreno. Le gustaba estar rodeada, y tanto Diego como ella fueron tolerantes con sus amantes. Frida –en el registro consta como Frieda, que significa 'paz' en alemán- llegó a reconocer en una carta sus coqueteos lésbicos, consentidos por Rivera, quien era, según su biógrafa Raquel Tibol, "un obseso de amores casuales, preferentemente jovencitas". Una vez, Diego invitó a casa a la

cuñada de un embajador mexicano para que Frida se entretuviera. La artista debió rechazar a la muchachita, que en un acto suicida se tomó varias pastillas y volvió a la cama de la pintora, cayendo fulminada a sus pies. A sus impulsos eróticos respondieron por igual hombres y mujeres: el fotógrafo Nickolas Muray, que la llamaba “mi querida chamaca” (“my dearest wench”), el escultor Isamu Noguchi (“Frida, que solo estoy sin ti”), la pintora Georgia O’Keefe, la cantante Chavela Vargas (“era una yegua de las que cuesta domar, de las que nunca se doman”)... Pero a su pasión arrastrada por el maestro (“amo a México con todo mi corazón, adoro a Diego más que a mi vida misma”), con divorcio y reconciliación entre medias, eclipsó el resto de sus devaneos amorosos.

Cuenta Raquel Tibol en ‘Frida Kahlo: una vida abierta’ que en 1938, con motivo de la primera exposición individual de Frida en Nueva York, en la galería Julien Levy, Diego envió una carta a un influyente crítico, Sam A. Kewisohn, para que no pasara por alto esta importante cita: “Se la recomiendo, no como marido, sino como un entusiasta admirador de su obra, ácida y tierna, dura como el acero y delicada y fina como el ala de una mariposa, adorable como una hermosa sonrisa y profunda como la amargura de la vida”. La exposición coincidió en el tiempo con la muerte de una conocida de Frida. Eran las seis de la mañana del 21 de octubre de 1938 cuando la actriz Dorothy Hale se tiró a la muerte desde un rascacielos de Nueva York. La noche anterior Dorothy invitó a sus amigos a una fiesta de despedida “antes de emprender un largo viaje”. Frida recordaría el suceso en una obra que pintó para la editora de ‘Vogue’, Clere Boothe Luce, en la que la cabaretera yace inmóvil en el suelo, con la serenidad de una diosa griega, conservando su vestido de terciopelo negro y el ramillete de rosas amarillas que le envió Isamu Noguchi.

En marzo de 1939, el mismo año en el que estalla la Segunda Guerra Mundial, acaba la Guerra Civil Española y se divorcia de Rivera, Frida expone en París bajo el título de ‘Mexique’. El Museo del Louvre compra uno de sus cuadros, el autorretrato ‘The Frame’, y con su presencia en Francia logra cierta publicidad, aunque Frida acabaría volviendo a América sin gratos recuerdos de Europa y de sus surrealistas. Su refugio vuelve a ser la Casa Azul de Coyoacán. En diciembre felicita a su amado por su 53 cumpleaños con una piadosa y fogosa misiva que remató así: “No dejes le dé sed el árbol del que eres sol, que atesoró tu semilla. Diego es nombre de amor”. La enfermedad y el amor se retratan en todas sus obras. Frida decía que también la tristeza. En el Museo de Arte Moderno de México se encontraba la que tal vez fue su obra más representada, ‘Las dos Fridas’ (1939). Pintado apenas unos meses después de su ruptura –Diego mantuvo una relación con Cristina, la hermana pequeña de Frida–, en este lienzo expresó todos sus temores afectivos. La dualidad de Frida, dos mujeres que se dan de la mano, dos infelices siamesas con sus vivos corazones colgando como resentidos medallones unidos por una finísima arteria: la mujer amada y la mujer despreciada, la mujer vitalista y la mujer enferma, la indígena y la europea, la antigua y la moderna. Una misma Frida que medita sobre su identidad en plena crisis matrimonial. Tormenta y pena, una vez más, se fundían en un escenario nebuloso y grisáceo, el color de los amargores existenciales.

A partir de ahí, Frida comenzó con su vida independiente: abandona sus trajes de mujer tehuana y se pinta a sí misma vestida como un caballero y con el pelo cortado sin visos de esa mujer de gusto opulento que manifestaba su personalidad con espectaculares tocados,

joyas y faldas olanes. Una año tardó en recuperar su imagen femenina, un símbolo de su vida y de su obra –“en su manera de vestir es la encarnación misma del esplendor nacional”, decía Diego- que vuelve a aparecer con el acercamiento de la pareja, que en diciembre de 1940 firma un nuevo contrato matrimonial con la condición de compartir gastos comunes y de no mantener relaciones sexuales. Frida afronta su etapa más prolífica, le llueven los encargos y se retrata con sus papagayos (“mis pericos”), cactus, rocas de lava, monos –sus favoritos, ‘Fulang Chang’ y ‘Caimito de Guayabal’-, ciervos, perros Xoloitzcuintli, etc. Sus alumnos de la escuela de arte ‘La Esmeralda’, ‘Los Fridos’, la seguían por las calles de la Ciudad de México para documentar la vida callejera. La de la maestra estaba cada vez más debilitada. A mediados de los años 40 los títulos de sus obras, en las que por lo general predomina una atmósfera fatal, de desolación y muerte, anticipan el final de Frida: ‘Sin esperanza’, ‘La columna rota’, donde se representa rota, con su cuerpo taladrado y espoleado por decenas de clavos; ‘Árbol de la esperanza mantente firme’ que recoge a Frida de frente, impecable como siempre y con un corsé entre las manos, junto a una camilla en la que figura tumbada, “con dos cicatrizotas” en la espalda; en ‘Soy un pobre venadito’ aparece el cuerpo de su corcino Granizo picado por flechas con su cabeza bajo una gran cornamenta; ‘El abrazo de amor de El Universo’...

En sus últimos años se volcaría con su militancia comunista y trató de servir al partido con obras como ‘El marxismo dará la salud a los enfermos’, en las que contrapone la paloma de la paz y Marx al Tío Sam y la bomba atómica. En la primavera de 1953, apenas unos meses antes de morir en la Casa Azul de Coyoacán, se organizó en Ciudad de México su tercera exposición, a la que Frida asistió tumbada en su propia cama, que fue instalada en medio de la sala de la galería de Lola Álvarez Bravo para que los invitados desfilaran y pudieran reverenciar a la mujer sin risa en una despedida inolvidable.